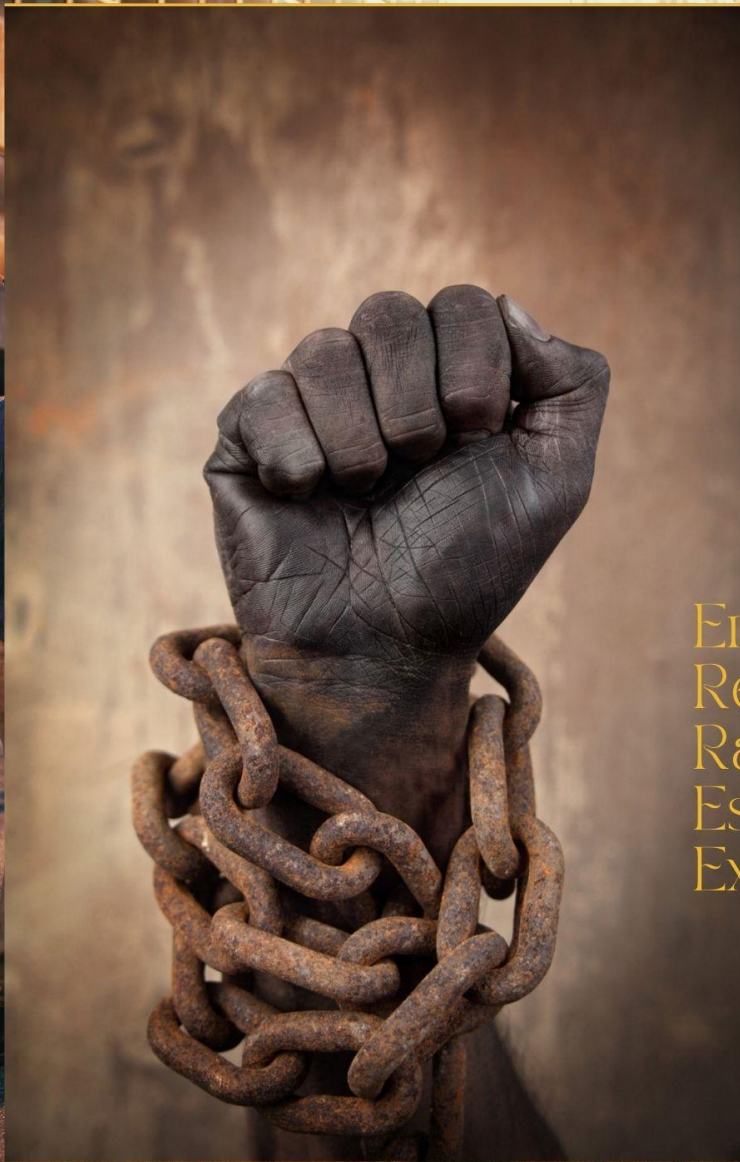


FEBRERO 2022

[HTTPS:WWW.UBUNTUPACHAMAMA STRATEGICTHINKTANK.COM](https://www.ubuntupachamamastrategictank.com)

**LA ESPAÑA INVISIBLE: DEL RACISMO A LA MEDIOCRIDAD.
EXPERIENCIAS DE UN NEGRO CANSADO DE LA HIPOCRESIA
ESPAÑOLA**

MAURICE DIANAB SAMB



Ensayo.
Reflexión.
Racismo.
España.
Experiencia.

Ubuntu-Pachamama
Strategic Think Tank

LA ESPAÑA INVISIBLE: DEL RACISMO A LA MEDIOCRIDAD. EXPERIENCIAS DE UN NEGRO CANSADO DE LA HIPOCRESIA ESPAÑOLA

Maurice Dianab Samb,

Fundador Ubuntu Pachamama Strategic Think Tank

Universidad de Alcalá / Instituto Gutiérrez Mellado, UNED.

La historia de España es muy compleja, y de igual manera, lo es también su sociología. Mientras que los demás pueblos se adaptan a las nuevas realidades socioculturales de nuestra era, tomando en cuenta el valor de las uniones de las diferencias, aquí la mayoría de las voces siguen predicando una gloria imperial desfazada, que, no solamente recurrió a la violencia para extender su moral y religión a los demás pueblos, sino que también siguen queriendo instaurar la dictadura racial que ve lo blanco como la verdad absoluta. España es un país de paradojas; es un país que lleva siglos intentando eliminar a todos aquellos actores que contribuyeron a edificar la historia de este pueblo mestizo: la expulsión de los árabes y judíos y la negación de la contribución africana en la historia nacional.

A lo largo de los cien últimos años, este país se había visto sumergido en una serie episodios sociopolíticos que marcaron y siguen determinando el carácter, la psicología y moral de la sociedad española, con sus virtudes y sus contradicciones. Desde la famosa debate de la Generación del 98, la guerra de Cuba y su derrota frente a Estados Unidos, la Guerra Civil de 1936-1939, la dictadura de Franco y su alianza con los tiranos europeos, su entrada a la Unión Europea, la catolización de la moral pública, etc., hasta el presente, existe una frase que resume lo que es España: “España es el problema y Europa la solución” (Ortega y Gasset, 1910). Mientras que los países europeos se abrían a la ciencia y la tecnología, aquí seguíamos esposándose al mito y al folclore monárquico, siendo lo que ha retrasado el desarrollo científico y la investigación universitaria. Dadas las diferencias ideológicas y un nacionalismo que dificultó la unidad nacional, la guerra obligó a muchos españoles a refugiarse en los países europeos y americanos. De esa manera, muchas familias españolas empezaron su andadura como migrantes y refugiados.

Contraria a esta postura, el filósofo vasco Unamuno parecía defender una postura más optimista con relación al destino de este país, sobre todo pensándolo desde “Castilla” como el símbolo de la unidad y marco de la construcción identitaria del pueblo español. Fue uno de los mecanismos que utilizaron los románticos europeos en el proceso de construcción estatal, y países como Alemania recurrieron al *Espíritu del Pueblo* para construir un Estado federal, sin embargo, en el contexto español, las tendencias regionalistas y las identidades particularistas (cerradas) siguen siendo factores que dificultan la unidad del país.

Partiendo de esta realidad histórica, sobre todo el pasado cuando España centraba toda su mirada al continente americano y se había olvidado de África, a excepción de sus

territorios que tenían allí, no es extrañar ver que la presencia de migrantes y personas con una identidad “extraña” sea un motivo de disputa sociológica en la actualidad. En comparación con Inglaterra, Holanda y Francia donde desde tiempos coloniales sus habitantes establecían relaciones con las personas de piel negra y, en la actualidad, forman parte de la nueva identidad de estos países, en el contexto español es todo lo contrario. La tendencia aquí es negar cualquier tipo de aportación de los africanos en la historia de España, sobre todo durante la época medieval. Desde la expulsión de los musulmanes y judíos en este país (siglo XV), España se ha posicionado como un territorio de blancos, cristianos y latinos. Por lo tanto, todos los demás individuos que no entran dentro de esta categoría son meros “extranjeros”; de manera intencionada, se optó por limpiar toda la aportación de los africanos en la historia de España.

La creencia en la superioridad blanca y lo hispano hizo que, aun estando en pleno siglo XXI y el país contando con personas de diversas culturas, el nivel del racismo sigue siendo chocante. Con todas las críticas que puedo lanzar contra Francia por su política colonial y Alemania por haber permitido el surgimiento del nazismo, en materia de inclusión y tolerancia, España está muy por detrás. Diría que sigue en la época de la caverna platónica. Con frecuencia, para justificar la falacia y el racismo estructural, algunas voces tienden a mirar al régimen franquista como lo que retrasó la apertura del país hacia el mundo exterior. No niego la evidencia de estos hechos, pero sería engañoso querer limitar todos los males en este periodo. España como sociedad nunca habían visto a los negros como humanos. De hecho, la defensa de los intereses del reino español y portugués (la bula papa de Nicolás V, *Romanus Pontifex* de 1455) y los horrores cometidos contra los nativos del Nuevo Mundo por parte de la administración española, llevaron a Bartolomé de las Casas a recomendar la esclavización de los negros. De ahí todas las sociedades europeas se implicaron en la comercialización de los africanos como esclavos, pero dichas acciones tenían que justificarse en la superioridad racial de los europeos. El ambiente europeo estaba dominado por el racismo de manera que, intelectuales como Hume, Kant, Hegel, etc., sucumbieron en los prejuicios y elaboraron dos mundos paralelos: el mundo de los europeos-civilizados y los barbaros-pueblos colonizados.

“Los negros de África carecen por naturaleza de una sensibilidad que se eleva por encima de lo insignificante. El señor Hume desafía a que se le presente un ejemplo de que un negro haya mostrado talento, y afirma que entre los cientos de millares de negros transportados a tierras extrañas, y aunque muchos de ellos hayan obtenido la libertad, no se ha encontrado uno sólo que haya imaginado algo grande en el arte, en la ciencia o en cualquiera otra cualidad honorable, mientras entre los blancos se presenta frecuentemente el caso de los que por sus condiciones se levantan de un estado humilde y conquistan una reputación ventajosa. Tan esencial es la diferencia entre estas dos razas humanas; parece tan grande en las facultades espirituales como en el color. La religión de los fetiches, entre ellos extendida, es acaso una especie de culto idolátrico que cae en lo insignificante todo lo hondo que parece posible en la naturaleza humana. Una pluma de ave, un cuerno de vaca, una concha o cualquier otra cosa vulgar, una vez consagrada con algunas palabras, se convierte en objeto de reverencia y de invocación en los juramentos. Los negros son muy vanidosos, pero a su manera, y tan habladores, que es preciso separarlos a golpes” (Kant, 1764: 24).

Recurriendo a mitos, una interpretación errónea de la Biblia, la sociobiología, la frenología, etc., justificaron el racismo que ha durado hasta nuestros días. Todas las sociedades europeas y árabigas cometieron el mismo pecado. Sin embargo, mientras que los demás países realizaron el esfuerzo por cerrar la etapa colonial y construir unas sociedades multiculturales, con una nueva identidad no ya construida en base al color de piel, sino por el simple hecho de haber nacido en el territorio, los derechos de todos los individuos son respetados. A pesar de que siguen produciéndose episodios racistas, podemos decir que, en Francia, Estados Unidos, Inglaterra, etc., las personas no se identifican por su color de piel, sino se ven a sí mismos como hijos e hijas de la República. En España, sobre todo en los últimos años, se siguen ofreciendo discursos separatistas, alimentados a base de la ignorancia y el racismo, porque para el español promedio, todo aquel que no piensa como él, no lleva el mismo apellido, se viste de manera diferente, etc., es un alienado, aunque haya nacido aquí.

Soy consciente de que en este país decir la verdad es un crimen, sobre todo para los fanáticos y la extrema derecha que siguen soñando con la España imperial, pero debo de decir que, tras catorce años residiendo aquí, estoy más que convencido de que vivo en un país retraso en cuanto a la manera de pensar y de relacionarse con el otro. España es el país de las paradojas, el autoengaño y el discurso vacío. Es el país donde la conciencia colectiva se moldea por medio de la televisión basura, las tertulias que indagan sobre la vida privada de los demás y los programas televisivos compiten por ofrecer mayores mentiras; figuras públicas cachondeando sobre los sentimientos de grupos vulnerables, ¡es amoral! Es el país donde la administración el racista y no cumple con sus propias leyes, es capaz de violarlas solamente para “joder” al negro. Por eso, recurriendo a la determinación que utilizaba Césaire para denunciar el racismo colonial, también digo, cada vez que en España se maltrata a un migrante, demuestra su bajeza y su hipocresía. Cada vez que humillan a un individuo, expresan su inconciencia. Pero no espero un cambio porque la sociedad me ha manifestado de lo que es capaz. En todos estos años, he podido observar cómo el discurso del odio, el fanatismo y el racismo van ganando terreno, pero parece que no hay una voluntad de cambiar el paradigma, más bien, las instituciones, los medios de comunicación, los partidos políticos, las familias, etc., tienen el interés en que siga así para custodiar sus privilegios.

Con frecuencia me pregunto, cómo es posible que el país “africano” de la UE sea donde mayormente se detestan a los que tienen la piel negra. ¿Tiene que ver con la ausencia de una formación o es el carácter propiamente español? Sin importar cuál sea la respuesta, lo cierto es que, conociendo la sociología española, no creo que el racismo tendrá su fin en este país. Si entre los propios españoles no se quieren y pasan el día fomentando divisiones regionalistas, cómo van a apreciar a los extranjeros. Cabe mirar el nacionalismo vasco y catalán. Muchos analistas creen que es un problema político, hay parte de verdad en eso, pero el fondo del problema es la lucha de identidades: cada grupo piensa que es mejor que los demás. De ahí la imposibilidad de llegar a un consenso. Cuando escucho los términos que utilizan los españoles para describirse mutuamente, me pregunto, ¿cómo me van a querer a mí si soy diferente en todo?

Cabe recordarse de las palabras del diputado catalán Duran i Lleida en 2013 cuando afirmaba que los andaluces malgastaban el dinero de los catalanes y pasaban el día en los

bares¹. Lo mismo dice un madrileño de un catalán, viceversa. Si comparten la misma religión, color de piel, etc., y no se aman, debemos de ser ingenuos si pensamos que nos van a querer. En el fondo, el racismo estructural en España no es más que una muestra de la complejidad y la actitud envidiosa de la sociedad española, cabe leer la novela *Abel Sánchez* de Miguel de Unamuno, y su condición de inferioridad frente al resto de los europeos. Éste decía que el problema de España es la envidia. Una sociedad envidiosa no es capaz de amar, pero después esta es la misma sociedad que ofrece discursos moralistas, derechos humanos, tolerancia, etc., sobre todo cuando hablan de los africanos. Una sociedad que recurre a la violencia como algo normal; en todas las expresiones cotidianas, podemos encontrar tacos e insultos hacia lo divino y lo humano. Lanzamos insultos con tanta facilidad y para la mayoría de la sociedad es algo tan normal que no choca a nadie. Frente a esta realidad, no me sorprender ver cómo materializan la violencia

Conozco la historia y la sociología española mejor que conozco a mi país natal. Entiendo los gestos, las miradas, las palabras, las intenciones ocultas, etc., de esta sociedad, y es por eso por lo que, nada me sorprende. Yo no compro los discursos de inclusión. No son más que puro humo y teatro. Me reservo para no realizar un juicio moral, pero siguiendo la descripción kantiana en *Lo Bell y lo Sublime* (1764) se deduce una caracterización del pueblo español.

“Nada puede ser más contrario a las artes y a las ciencias que un gusto extravagante, porque tortura la naturaleza, que es el modelo de todo lo bello y noble. Por eso también muestra en sí la nación española poco sentimiento para las bellas artes y las ciencias. Los caracteres de los pueblos se manifiestan principalmente en sus tendencias morales; por tal razón, vamos a examinar desde este punto de vista el diferente sentimiento de los mismos, con respecto a lo sublime y lo bello.

El español es serio, callado y veraz. Pocos comerciantes hay en el mundo más honrados que los españoles. Tiene un alma orgullosa y siente más los actos grandes que los bellos. Como su espíritu no encierra benevolencia bondadosa y dulce, resulta a menudo duro y aun cruel. El auto de fe se conserva, no tanto por la superstición como por las inclinaciones extravagantes del pueblo, al que impresiona un cortejo venerable y temeroso, donde, ve cómo entregan a las llamas encendidas por una devoción ardiente el sambenito pintado con figura de demonios. No puede decirse que el español sea más altivo o enamorado que cualquiera de otro pueblo; pero lo es de una manera extravagante, que resulta rara y fuera de la habitual. Abandonar el arado y pasearse, con una larga espada y una capa, por el campo de labor hasta que el extranjero de paso por allí desaparezca, o en una corrida, donde las bellas son por una vez vistas sin velo, declarar con particular saludo cuál es la señora de sus pensamientos y aventurarse en su honor a una peligrosa lucha con una bestia salvaje, son actos desusados y singulares que distan mucho de lo natural.

En la sensibilidad del italiano parecen mezclarse la de un español y de un francés; es más sensible a lo bello que el primero y más a lo sublime que el segundo. De

¹ <https://www.libertaddigital.com/espana/politica/2013-10-08/duran-i-lleida-dice-que-los-andaluces-se-pasan-todo-el-dia-en-el-bar-1276501200/>

esta suerte pueden explicarse, a mi entender, los demás rasgos de su carácter moral. El francés tiene una sensibilidad predominante para lo bello moral. Es amable, cortés y complaciente. Intima muy pronto, es aficionado a la broma, y su trato es fácil; la expresión un hombre o una mujer de buen tono sólo tiene significación inteligible para quien ha adquirido la sensibilidad amable de un francés. Aun sus emociones sublimes, de las cuales tiene no pocas, están subordinadas al sentimiento de lo bello y reciben su fuerza por la concordancia con éste. Gusta de ser ingenioso y sacrificará sin remordimiento algo de la verdad a una ocurrencia” (Kant, 1764: 24).

De la misma manera que algunos pensadores de la época de la Ilustración, dejándose guiar por su ignorancia y los prejuicios, sobre todo viendo que la mayoría de ellos nunca habían tenido un contacto con el mundo exterior, pero se atrevieron a calificar a los pueblos no europeos como salvajes; también en la actualidad, muchos españoles que nunca han salido de sus territorios, siguen fomentando unas ideas preconcebidas sobre el pueblo africano y afrodescendiente. Aunque no se puede justificar la barbaridad histórica contra nuestros pueblos, podemos entender sus limitaciones como resultado de la época y la ausencia de información, pero de ninguna manera se puede tolerar el racismo en una era de apertura, de globalización y acceso a la información. Los defensores del racismo en nuestros días no lo hacen únicamente por temas identitarios, también por intereses políticos y económicos. Muchas veces son víctimas de sus propias mentiras; elaboran unos discursos ideológicos para enfrentar a las comunidades, sembrar el miedo y la sospecha. Eso es lo que los permite mantener el control sobre el resto. Después de cuatrocientos años esclavizando a los negros y aprovechándose de sus recursos actuales, quiero preguntar a todos los occidentales: ¿No habéis tenido suficiente y cuándo vais a parar? Os jactáis del Desarrollo, fruto del racismo, ¿cuándo vais a ser verdaderos humanos? ¿Cada generación de negros tiene que sufrir el mismo odio? ¿Hasta cuándo? ¿No os da vergüenza?

“The reality of Fanonism, the reality of colonialism, the legacy of foreign domination and the pervasiveness of anti-black racism are realities of today - unmediated pain and suffering. "If Sartre's studies of the existence of others remain exact (to the extent, let us recall, *Being and Nothingness* describes an alienated consciousness) their application to *nègre* consciousness reveals itself to be fallacious. That is because the White is not only the Other, but the master, whether real or imaginary" (Pn 112 n. 22 I BS 138 n. 24)” (Gordon, et.al., 1996: xvi).

¿EXISTE EL RACISMO EN ESPAÑA? UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Cuando pisaba por primera vez la tierra de Cervantes, el 21 de abril de 2008, nunca se me había cruzado por la cabeza que algún día me vería en la situación de preguntarme esta cuestión. Nací en Senegal, y crecí en Gambia, pero desde mi llegada aquí he estado viviendo entre Asturias y Madrid. A diferencia de la mayoría de los migrantes de origen africano que se centran a realizar trabajos no cualificados y abusados por los empresarios -sobre todo los indocumentados-, pasé la última década realizando estudios universitarios. Debo confesar que no fue fácil. La barrera cultural y lingüística al inicio fue un camino de Gólgota. Armado de valor y determinación, pude superar miles de obstáculos -

burocráticos, económicos, sociales- para formarme académicamente. En este proceso de formación, aprendí a conocerme mejor y a descubrir las virtudes y las incoherencias de la sociedad española. Por el simple hecho de ser un africano, y también iniciando mi andadura en Asturias donde hay una minoría de migrantes africanos, muchos cuestionaban mi inteligencia, sobre todo cuando me veían en las bibliotecas con libros que, al parecer estaban reservados solamente para los blancos.

Mientras vivía en El Berrón -una localidad asturiana- me gustaba visitar la biblioteca, y cada vez que entraba, todos me miraban fijamente y empezaban los murmullos. Eran miradas incómodas y especulaban sobre mí. Aparte de la bibliotecaria con la que logré tejer una amistad y me regalaba libros de manera ocasional, ninguno de los que iban allí hicieron el esfuerzo por acercarse a mí, pero el momento en que entraba, ya empezaban a murmurar. Salí de allí muchas veces enfadado y con gana de armar una pelea; me parecía repugnante y amoral ver a personas que se consideraban “cultas” estar especulando sobre la vida de alguien sin haberle conocido ni tener una puñetera idea acerca de África, pero se atrevían a expresar sus prejuicios. A partir de allí me di cuenta de que el chisme formaba parte de las costumbres nacionales. De ahí me negué a crear cualquier tipo de vínculo con las personas de ese pueblo.

En esa época me gustaba seguir los partidos de Real Madrid, y cada vez que jugaba, me iba a un bar, me sentaba en un rincón y con mis auriculares para no escuchar las tertulias absurdas, dominadas por las mentiras y la exageración. Así es como lo hacía durante meses hasta que un buen día, la señora que me había alquilado la habitación me contó lo que le había sucedido mientras realizaba la compra en el supermercado. Un buen día, mientras esperaba en la cola, escuchó como dos señoras la acusaban de ser la amante del joven negro que vivía en su casa. Al parecer eso había sucedido unos días atrás pero no sabía cómo contarme lo sucedido. Cuando lo descubrí, no me lo podía creer; ¿yo amante de una señora que puede ser la madre de mi madre? Allí descubrí por primera vez lo cruel que son habitantes de los pueblos españoles y su falta de cultura. Cogí un cabreo monumental, y para no crear una situación desagradable, abandoné el pueblo y me fui a vivir a Oviedo. Desde entonces me he negado a participar en ciertos ambientes, sabiendo que no se hablan de cosas sensatas, sino que pasan el rato chismorreando sobre la vida de personas con las que nunca habían comunicado.

Fue en ese contexto de decepción que empecé mis estudios universitarios en España. Hice Grado y Máster en Filosofía; no pude terminar mis estudios teológicos en el seminario metropolitano de Oviedo porque tuve un problema con un sacerdote; me quería explotar laboralmente y me negué, entonces me creó unos problemas, siendo lo que me obligó a abandonar Asturias para trasladarme a Madrid. Al igual que el joven Unamuno, me desencantaba la ciudad durante mis primeras semanas, sobre todo viendo que, cuando llegué a Madrid, quise alquilar una habitación como hacen la mayoría de los estudiantes. Cuando llamaba a las agencias o a los particulares para informarme acerca de un anuncio, el momento que les decía mi origen, automáticamente me decían que no o se inventaban una excusa. Tuve que pasar los primeros días en unos hostales, y a raíz de ese problema, me vi obligado a vivir con unos compatriotas durante ocho meses en unas condiciones que perjudican mis estudios. No tenía otras alternativas.

Iba a la Escuela Diplomática sonriendo y participando en las actividades extraacadémicas, pero nadie sabía el infierno en el que vivía. Como vivíamos en el centro de Lavapiés, con frecuencia venía la policía a casa preguntándonos nuestras tarjetas de identidad. Cuando les mostraba mi NIE y tarjeta estudiantil, me dejaban libre, pero me cansaba la situación. Empecé a desarrollar un odio hacia los hombres de uniforme por esas agresiones. Para ver hasta qué punto perfilan a los migrantes -creen que todos somos vendedores de droga o criminales-, la policía secreta me perseguía, incluso estando en la biblioteca. A veces, se me acercaban fingiendo ser alumnos; en el metro pasaba igual. Conocía todas sus tácticas, pero yo seguía sereno porque no estaba involucrado en ninguna actividad ilícita. Pero el episodio que más me molestó durante ese periodo fue un día que, tras realizar un examen en la Escuela Diplomática, regresé a casa para descansar porque tenía la costumbre de revisar toda la noche antes de ir a los exámenes; al poco de estar en la cama durmiendo, vinieron dos policías secretas. Me despertaron y me dijeron que estaban investigando. Me preguntaron quién me ayudaba a financiar mis estudios. La pregunta me parecía absurda, incluso ofensiva. Si tuviera la posibilidad de mandarlos al infierno ese día lo hubiera hecho. Nunca había visto tanta ignorancia como en ese día. Repudio la violencia, y viendo la violencia que ejercen sobre nosotros, no los veo como humanos. No los tengo ninguna consideración.

¿Desde cuándo la policía en este país tiene como misión preguntar a los estudiantes sobre sus estudios? A raíz de eso, descubrí otra realidad sobre cómo funciona el racismo en este país. Incluso siendo un joven ejemplar, para ellos sigues siendo un criminal. Antes me molestaba mucho, pero tras analizar los perfiles de los hombres de uniforme en este país, ya no me enfado. Cabe mirar quiénes son y tienes la respuesta. La mayoría de ellos no tienen una formación académica sólida ni humana, por lo tanto, ven al uniforme como lo que les da valor en la sociedad. De ahí quieren manifestar su autoridad a cualquier precio y es lo que explica los abusos de poder y la violencia policial. Además, explica la tendencia de ver a hombres de uniforme afines a las ideas de la extrema derecha y la xenofobia. Todos los jóvenes negros, sin importar nuestro lugar de residencia, sentimos el mismo rechazo hacia los hombres de uniforme. Lo denunció.

“The racism and humiliation Fanon and his friends experienced in the French Army was [sic] only exceeded by the abuses that the French populace they came to free poured upon them. When, for instance, these black soldiers disembarked in the port city of Toulon, in central France, they found the residents extremely hostile and racist ... Even in victory, during mass dances or dinners held to welcome French troops, Fanon realized that the blood of black soldiers had been shed in vain. The very Europeans for whose liberation blacks risked their lives now avoided them. Public dances and victory celebrations only added insult to injury. European women found it easier to dance and mingle with Italian war prisoners. When Fanon returned to Martinique, decorated and a war veteran of almost two years, he brought with him not only memories regarding the horrors of war, but also serious doubts about his identity as a Frenchman. He immediately worked in the election campaign of Césaire, the Communist candidate” (Bulhan, 1985: 28; Gordon, et.al., 1996: 2).

A pesar de la violencia cotidiana y las injusticias, seguí afirmando mi identidad en este país. Acabo de finalizar una investigación doctoral sobre el tema ambiental en África y

realizó otra tesis sobre el conflicto en el Sahel. En otras palabras, tras todos estos años de dedicación y disciplina, siento rechazo ahora más que nunca: si anteriormente mi condición de negro era el problema para acceder a ciertos espacios, ahora mi estatus de intelectual africano dificulta mi inserción, sobre todo en el ámbito laboral; no me ven como alguien que va a aportar algo, sino como un competidor que les va a quitar el empleo. España no favorece la meritocracia, sino las oportunidades se reparten en función de la familia y las referencias. Tengo una formación académica que está por encima de la media española, pero no me puedo realizar adecuadamente, simplemente porque soy un africano. Cuántos jóvenes como yo están en la misma situación, después los pseudo-expertos e ideólogos pasan por las cadenas televisas difundiendo las mentiras que nosotros no queremos trabajar, sino que dependemos de las ayudas sociales. Que vayan a contar esas falacias a otros. No conocen nuestras realidades, pero se atreven a hablar por nosotros. Para mí no son más que hipócritas.

Escucho con frecuencia como los jóvenes afrodescendientes afirman que, cada vez que se postulan por un empleo, son denegados el puesto, incluso si cumplen con los requisitos. Semanas atrás, hice el experimento y me quedé sorprendido. Opté por crear una base de datos y enviar mi curriculum a instituciones académicas, empresas y ONG que trabajan en el ámbito de la cooperación, los derechos humanos, el comercio internacional, medio ambiente y los estudios africanos solicitando un empleo. Hasta el día de hoy, el 95% no me han respondido, y los que me contestaron me hicieron saber lo difícil que es encontrar un empleo siendo un migrante aquí. Realicé la misma operación con empresas e instituciones similares en Holanda, y la experiencia fue gratificante. En menos de una hora, llegué a recibir muchas ofertas de empleo. Hasta en su manera de responder los correos electrónicos, se puede percibir un respeto por las personas. Si no disponían de un empleo, me recomendaban otras vías. En España no, no ven el valor que puedes aportar, sino tu color de piel. Después dicen que no hay racismo. Esa mentalidad retrograda y competencia malsana dificultan la creación de una economía sólida y la integración de los migrantes, porque lidiar con el racismo de manera cotidiana es insostenible. De ahí nos vemos obligados a irnos, sobre todo los hijos de los migrantes nacidos aquí, no somos aceptados ni respetados a pesar de disponer de las mismas competencias que cualquier otro español. Esta es la verdad que la sociedad española no quiere escuchar, siempre se están justificando en: “¡No soy racista!” ¿Qué significa ser racista? Pura retórica, pues no, sino ofrecer unas condiciones que favorecen la realización de aquellos que no piensan ni se asemejan a nosotros.

En estas condiciones, siendo yo un migrante, ¿quién me ofrece la oportunidad, más si demuestro que conozco mis derechos y no me dejen utilizar? Defender mis derechos me transforma en un rebelde. Así es como nos obligan a lidiar con la violencia estructural, a habitar los guetos y dificultar la cohabitación. Tras experimentar en carne propia las injusticias, ¿cómo esperan que yo confíe en ellos? Imposible. Vivo enfado y cada vez que salgo a la calle, corro el riesgo de encontrarme con problemas. Por lo tanto, hay una desconfianza mutua. Compartimos el mismo espacio, pero no nos miramos, no nos hablamos ni nos queremos ver. Solamente nos ven como medios para sus intereses económicos, una mano de obra barata. Fuera de eso, no tenemos ningún valor. ¿Qué sería España, occidente en general, sin los migrantes? Nada. A pesar de que no lo quieren escuchar ni reconocer, la sangre africana -la esclavitud- moldeó el crecimiento económico occidental. De ahí no somos meros migrantes o mendigos que vienen a suplicar, más bien

a aprovecharse de los beneficios que nuestros antepasados habían labrado durante cuatrocientos años. Occidente es ingrata. Sin la mano de obra negra, no tendría el desarrollo que tiene en la actualidad; en vez de respetarnos, nos ven como animales, sobre todo con sus leyes racistas.

De ahí da igual que uno tenga una formación académica o no, para los españoles seguimos siendo negros explotables. Y yo me niego, y me negaré siempre. Mi postura tiene sus repercusiones, pero asumo las consecuencias porque prefiero ser un hombre libre antes que un esclavo. Los españoles no quieren cuidar a sus mayores, limpiar sus calles y baños, cultivar sus campos, etc., y hacemos todo por ellos. Aun así, no nos respetan, y los más demagogos se llenan la boca con insultos hacia nosotros. El día en que los migrantes en este país logremos cruzar nuestros brazos como hicieron los afroamericanos –“el boicot de autobuses de Montgomery fue una protesta política y social que comenzó en 1955 en Montgomery, Alabama, con la intención de oponerse a la política de segregación racial en el sistema de transporte público”-, entonces se darán cuenta de nuestro valor. Somos unos actores claves para el desarrollo económico, nos tienen que respetar. No lo estamos suplicando, lo exigimos ya.

Cada nuevo día que presencio en este país, me siento violentado a través de las acciones, las miradas, las palabras, etc., y me lleva a adoptar una postura defensiva. Cotidianamente, voy descubriendo el nivel violencia en este país. Ya he superado mi límite y paciencia. Si yo, con toda mi trayectoria y formación académica soy capaz de sentirme así, no me quiero imaginar qué harán los jóvenes sin perspectivas. Así es como nace la violencia en los barrios, pero las autoridades prefieren mirar hacia otro lado. Mientras siga habiendo injusticias y episodios de racismo, podéis posicionar soldados en cada rincón e ideólogos en las escuelas con la misión de españolizar a las personas, pero no se conseguirá el objetivo porque la violencia que sufrimos cotidianamente nos lleva a radicalizarnos. Negarse a reconocer esto es una muestra de irresponsabilidad. Yo me he radicalizado y lo asumo, ya no puedo más con tanta desfachatez y violencia gratuita. No pienso recurrir a las armas como los panteras negros en Estados Unidos, pero pienso defenderme de cualquier tipo de agresión. Ya no dejo pasar ni una provocación.

Desgraciadamente, en este país nos han acostumbrado al folclore y la retórica violenta, pero jamás se centran en las prioridades. Todos los países que respetan a los migrantes se han beneficiado de sus aportaciones. Cabe mirar a Estados Unidos, Reino Unido, Suecia, etc., valoran el conocimiento y adoptan leyes que erradican la discriminación. Aquí la gente se jacta y se enorgullecen por haber cometido delitos de odio. Qué triste. Todos los migrantes, sobre todo los de origen africano en este país tuvieron que lidiar con el racismo. Aun así, seguimos aquí, contribuyendo a mejorar España. ¿Qué hemos recibido a cambio? Más insultos, discriminación, falta de respeto, ausencia de oportunidades, etc. Frente a aquellas voces xenófobas, una extrema derecha que ni siquiera conoce la historia de España, pero la utiliza para sus fines propagandísticas, los medios de comunicación que se alimentan de la división y la diabolización de las minorías, etc., debo decir que el racismo es una realidad. Con lo que yo he vivido en carne propia, no puedo aceptar que me digan que no existe el racismo en este país. Negarlo es como un acto de violencia contra mi persona. Me gustaría ver a los españoles experimentar el racismo por una puñetera vez en su vida, entonces se comportarían como gente decente. El racista es peor que el salvaje porque se miente a sí mismo y no tiene conciencia.

Denunciar semejante maldad no significa que vamos de victimismo, más bien debemos de ser conscientes, decir mea culpa y reconocer los hechos. Los occidentales en general están muy cómodos con sus privilegios, fruto del sufrimiento de otros pueblos; en el fondo de su intimidad, reconocen todo lo que denunciábamos, pero optan por mirar hacia otro lado para defender sus intereses. Después son ellos los que nos hablan de derechos humanos y demás cuentos. Semejante hipocresía es lo que me ha enfadado y ya no tengo paciencia. Puedo nombrar miles de episodios, pero comparto las siguientes vivencias:

En el año 2012, en un día de verano, al salir de la facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Oviedo, decidí ir al parque san Francisco que se encuentra en el corazón de la ciudad. Al rato de haberme sentado en unos de los bancos, se me acercaron dos policías. Todos los demás bancos estaban ocupados, pero se dirigieron hacia mí. Me pidieron de abrir de mi mochila para ver lo que había dentro. Cuando los mostré los libros que llevaba dentro y mi tarjeta estudiantil, se giraron y se fueron. Fue la primera vez que me sentía atacado. ¿Qué pensaban, que yo era un criminal? No me gustó y lo denuncié. Para evitar los controles discriminatorios, dejé de ir a los parques. Cuando salía de la facultad regresaba a mi casa; ni siquiera me cruzaba por la mente salir por las noches.

Entre 2014 y 2015, mientras realizaba mis estudios filosóficos en Oviedo, tuve la oportunidad de trabajar en la Fundación Príncipe (ahora Princesa) de Asturias, y formaba parte del equipo que organizaba las actividades durante la semana de los premios. En una de las ceremonias organizadas en el Teatro Jovellanos de Gijón, acompañé a tres compañeras y teníamos con nosotros nuestras credenciales para identificarnos. Recuerdo que, ese día contábamos con la presencia del actual rey y la reina. Mis compañeras pasaron el control de seguridad y cuando iba a entrar, me pararon los hombres en uniforme y me preguntaban dónde había sacado la credencial. Una de las compañeras tuvo que decirlos que yo trabajaba en la Fundación. Debo confesar que me sentí tan mal que no pude trabajar en condiciones durante el resto de la tarde. Por el simple hecho de ser negro, mi presencia levantaba sospechas. Otro acto más de racismo.

Cuando terminé mis estudios de filosofía, quise enseñar en las instituciones de educación secundaria, pero dado que no tengo la nacionalidad y no puedo hacer la oposición, envié mi curriculum a los institutos privados de educación secundaria en toda Asturias. Solamente una institución me había contestado; según el director de aquel centro, los padres no verían con buenos ojos que un negro enseñe a sus hijos. Repetí la misma cosa en Madrid, y no recibí ninguna respuesta hasta el día de hoy. Miro en los países alrededores y veo a personas no europeos ejerciendo en todas las categorías profesionales, pero en España resulta imposible. Los españoles creen que solamente ellos son inteligentes, y los demás debemos de seguir ocupando los empleos menos cualificados. Es absurdo.

A finales de 2019, recién trasladado a Madrid, terminaba mi Máster en Filosofía Teórica y Práctica por la UNED. Aproveché la ocasión para participar en la ceremonia de graduación, evento en el que figuraba como el único alumno negro. Para mi gran sorpresa, la UNED puso el nombre de todos los alumnos en la página web excepto el mío. No me había dado cuenta del evento, me lo contó una amiga que se dio cuenta del error. Entonces envié un correo electrónico a la universidad averiguando cuál era el problema. Me comentaron que era debido a un problema informático. Nunca lo creí. Me parecía la

excusa más absurda. ¿Cómo pueden tener el nombre de todos los alumnos menos el mío, más viendo que éramos pocos los que habíamos cursado el máster? Nuevamente, una institución seleccionó mi Trabajo Fin de Máster entre los mejores del año para preparar una memoria anual. Descubrí que los demás alumnos habían recibido unas copias y a mí nadie me informó, lo tuve que descubrir a través de las redes sociales. Hasta en las instituciones que deberían de ser ejemplares, se ejerce el racismo. Vivir en este país es una batalla constantemente y estar obligado a estar justificándose. ¿Cuándo van a parar?

Hasta el diciembre de año pasado, compaginaba mis estudios doctorales y mis otras actividades con un empleo temporal en un centro cultural que pertenece al Ministerio de Cultura y es una institución simbólica en este país. Han subcontratado a una empresa que se encarga de la asistencia al público y fue ésta la que me ofreció el empleo. No se respetaban los horarios laborales ni me habían ofrecido un contrato laboral; acepté las condiciones por la situación socioeconómica en España. Aun así, me comprometí con el trabajo, pero un familiar del jefe me detestaba por el simple hecho de ser un africano y estar cursando estudios universitarios. Durante dos años he estado evitado sus provocaciones hasta que cuando no pude más estallé. El individuo no me veía como un trabajador que aportaba un valor añadido a la empresa, sino un competidor que podía tomar su puesto. En anteriores empresas, los compañeros se negaban a compartir conmigo las tareas o hacían cosas para que el jefe se enfadara conmigo; en algunas ocasiones, pasaba todo el día mirando a mi ordenador o me decían que yo trabajaba muy rápido y que en España la gente se tomaba su tiempo. Era una estrategia para presionarme a abandonar el empleo. En numerosas ocasiones me he preguntado por qué la sociedad actuaba así. Es muy incomodo trabajar en este país, más para nosotros los africanos. Los prejuicios están en todos los ámbitos y creen que los negros solamente servimos para los empleos manuales que requieren fuerza. Por esta actitud, a veces violenta y arrogante, no podemos ofrecer nada. Personalmente, me niego a ofrecer mis experiencias a gente así.

De todos los dramas con los que tuve que lidiar en este país, un episodio reciente me empujó hasta mis límites. No solamente se ha afirmado la existencia del racismo, también la maldad humana. No tengo la menor duda de su existencia. Conocía a alguien de un país latinoamericano, pero ya con la nacionalidad española desde hace tres años y se encontraba en una situación de inestabilidad emocional y dificultades laborales. Entonces opté por ayudarla alquilando una parte de la casa para que tuviera ingresos económicos, aun a sabiendo de que eso me perjudicaba, pero lo hacía por querer ayudar. Desde el primer día en que pisé la casa, familiares y entorno me calificaron de todos los nombres posibles, pero seguí ofreciendo mi apoyo.

Intoxicada por los discursos racistas, el pasado diciembre, se levantó un buen día y me quiso agredir, entonces llamé a 112 en busca de asistencia. Eran las 21:00 horas, una vez que me escuchó hablando por teléfono, huyó de casa. Minutos después vino una patrulla de la policía local y me recomendaron de volver a llamarlos si me volvía a agredir. Cuando terminé de hacer mis tareas, me fui a la cama. Sobre las 03:00 de la madrugada, mientras estaba durmiendo, vino la guardia civil a buscarme, con el pretexto de que me habían puesto una demanda por violencia machista. Me quedé sorprendido. Intenté ofrecer las pruebas de que no había hecho nada, pero ni siquiera me escucharon y me llevaron detenido. Así de fácil. El día siguiente, logré demostrar mi inocencia y me dejaron en libertad, pero al parecer el abogado que me habían designado para defenderme

llegó a un acuerdo con el abogado del sujeto y concretaron llevar el caso al tribunal penal. Dije como es así, vamos allá. El día del juicio, el pasado 10 de febrero de 2022, mi propio abogado me quería presionar a que reconociera los hechos y se puso muy violento verbalmente. Me negué a reconocer los hechos.

Su actitud me parecía rara. Peor todavía, me dijo: “Ya he hablado con la fiscalía, si aceptas una condena de trabajo comunitario te dejan libre”. Por un instante, no sabía qué decirle. Le miré fijamente durante unos minutos y le dije, soy inocente y voy a entrar allí a defenderme. Eso hice. Por lo tanto, pienso interponer una demanda por una falsa denuncia, la detención arbitraria y la violación de mis derechos. Además, informaré a las autoridades de mi país y llevaré mi caso a los medios de comunicación. ¿Por qué soy africano, soy un criminal? Estoy segurísimos de que, si fuera un español, no le harían pasar por eso ni sus abogados dudarían de su inocencia, pero como soy africano, y nos ven a todos como criminales, también me querían sumar a la lista de los machistas y malhechores. Pero el hecho en sí me ha llevado a plantearme muchas preguntas: ¿Dónde estaría ahora si yo no tuviera las capacidades intelectuales para defenderme? ¿Cuántos jóvenes afrodescendientes no habrán sido víctimas del sistema judicial y el racismo? Son sentenciados sin que hayan pasado por los tribunales, y en los tribunales son vistos como delincuentes simplemente porque tienen una imagen distinta. Casos como los míos nos llevan a radicalizarnos y a querer vengarnos. Yo no pienso cumplir con la sentencia ni parar hasta que haya justicia. Es una vergüenza y si pudiera expresar todo el odio que me han obligado a sentir lo diría. Me da asco. Francamente, me da asco. ¿Tanto odio nos tienen? Me pregunto, ¿por qué? ¿Por qué los occidentales no son de fiar? Hasta cuando haces el bien por ellos, están buscando las maneras de apuñalarte. Luego nos miran a nosotros como los criminales, ¡sin vergüenzas! Si no fuera por mis valores, cogería un arma y matar. Me siento ofendido y no pudo perdonar.

«Ah le racisme! Tout vieillot qu’il est, le voilà qui se remettrait à danser malgré ses rhumatismes. Pour un peu, il serait pimpant, presque de bon ton... Mais une stupidité à la mode reste une stupidité. Quand bien même tout le monde serait raciste, ça resterait une absurdité. Mais ce n’est pas le cas. Tout le monde n’est pas raciste.

De partout, de tout temps, des voix se sont élevées pour dire que non, le monde ne marchait pas ainsi. Ce recueil réunit quelques-uns de ces témoignages littéraires. Ils arrivent, parfois du fond du temps, parfois de maintenant. Tous les pays, toutes les régions du monde, toutes les cultures sont là. Car si le racisme se noie dans ses particularités de quartier ; l’humanisme, lui, est universel. » (Barral et Junique, 2015).

REFLEXIÓN FINAL

Ya no me importa entender cuáles son los motivos detrás de tanto odio y el racismo hacia nosotros. Sé que España nunca va a cambiar y no me apetece seguir en una sociedad que me muestra cotidianamente que me detesta sin que yo le haya hecho algún mal. La hipocresía ha llegado a un nivel tal que, no pierdo mi tiempo escuchando los sermones y aquellos que me molestan con: “Yo no soy racista”. Me importa un poco ya si lo eres o

no, no pienso permitir que el retraso mental y los complejos de una sociedad destruya equilibrio y a estar cuestionando mi humanidad constantemente. Yo, nosotros los negros, no tenemos ningún problema, el problema lo tienen los que nos detestan. Con todo su fanatismo, no veo en qué son mejores que nosotros, sino saber odiar, pero no creo que eso sea una virtud. Todos los países occidentales comparten el mismo odio hacia los negros, porque de nosotros depende su sobrevivencia, por eso nos quieren someter *en vitam aeternam*.

« Ce qui me frappe, c'est la disproportion, c'est le mauvais usage de la puissance, c'est cela qui me frappe le plus en Europe. Bon, bien sûr, on va dans la Lune, mais à côté de ça, il y a les ghettos de New York. Autrement dit, l'Amérique est capable d'aller là-bas - on se demande d'ailleurs ce qu'ils vont y faire, si c'est pas encore pour installer je ne sais pas quoi - et puis, à côté, ils ne sont pas capables d'aménager leurs rapports avec leurs propres concitoyens américains parce qu'ils sont Noirs. Mais ça, ça me choque profondément. Ce qui me choque terriblement, c'est la difficulté que l'homme européen au sens très large du terme, a à aménager les rapports avec les autres hommes, c'est ça la chose fondamentale ! Qu'on y aménage les rapports avec les choses, c'est possible, mais avec les hommes, pas. »
(Césaire, 1976; France Culture 2020)²

Quiero equivocarme, pero la España que conozco nunca llegará a ser un país tolerante, más bien irá para peor, sobre todo viendo el nivel de pobreza y la corrupción que hay en este país, los políticos seguirán considerando a los migrantes como los responsables de sus males. Pero si fueran sujetos honestos, dirían a la población lo importante que somos en este país. ¿Cómo se puede dialogar con una sociedad que ha decidido encarcelarse en la Edad Media? España es el reflejo de las contradicciones quijotescas y dudo que llegará a ver la luz. Podemos disponer de todos los avances tecnológicos y económicos, pero mientras que la psicología, la moral y los valores siguen inspirándose del mito, dudo que podamos hablar de una sociedad tolerante. Creo que ha llegado el momento de hacer la introspección: los migrantes no somos los enemigos de España, más bien somos unos actores fundamentales. Cualquiera que predica lo contrario es una farsante y miente a la sociedad. Casi todos los partidos en este país mienten sin ningún escrúpulo a los ciudadanos y alimentan los discursos del odio para sus intereses personales. Son muy bajos moralmente.

Conociendo la sociología local y cómo funcionan las instituciones, es decir, cada vez que un africano los pone delante de su responsabilidad, recurren a mecanismos amorales para crearle problemas, estoy preparado a recibir lo que venga, pero debo decir que, antes mártir que hipócrita. Denuncio el racismo en España porque es insostenible; estamos cansados de todas las formas de violencias. Nos negamos a conformarnos y queremos ser respetados y reconocidos. Me ha dictado mi conciencia y espero que, a partir de ahora, tanto los africanos que nos representan como los dirigentes en este país tomarán su responsabilidad y lucharán contra el racismo. Mientras que siga habiendo discriminación, España seguirá siendo un país retrasado y nosotros los jóvenes africanos haremos todo para que sepan la verdad que tanto se quiere ocultar. ¿Cómo se sentirían los españoles si sus familiares en nuestros territorios fueran linchados cotidianamente? Dado que son bien

² <https://www.franceculture.fr/emissions/aime-cesaire-a-voix-nue/aime-cesaire-55>

acogidos, que hagan el mismo esfuerzo por respetarnos. Eso es todo lo que pedimos, sino podemos predicar la venganza. No quiero ser radical, pero ya hay un límite. Aquí lo reafirmo, no soy un criminal, no vendo droga, no estoy implicado en ninguna actividad ilícita, no camino la noche... y, por lo tanto, no pienso aceptar ninguna clase de acusación futura. Que sean honestos y que busquen soluciones en vez de estar persiguiendo a mis hermanas y hermanos. Odiarnos no hará que dejemos de ser humanos. Como Césaire, afirmo: «*Le nègre vous emmerde!*», y con la frente bien alta, concluyo como Léon Gontran Damas (1912-1978), in *Black-Label* (Gallimard, 1956: 50):

« Nous les gueux/nous les peu/nous les rien/nous les chiens/nous les maigres/nous les Nègres/Qu'attendons-nous [...] /pour jouer aux fous/pisser un coup/tout à l'envie/contre la vie/stupide et bête/qui nous est faite. »

Nuestra sociedad detesta el negro, pero ve su cuerpo como carne codiciada para sus banquetes nocturnos y fuente de sus pecaminosos placeres. Hipócritas. Denuncio la doble moral y la hipocresía del racismo circunstancial. Nuestro cuerpo no puede seguir siendo colonizado. Nos toca a nosotros los negros defendernos de todas las maneras posibles, de lo contrario los retrasados mentales nos harán la vida imposible. Si España no quiere que manchemos su honor en las instituciones internacionales, que empiece a resolver el tema del racismo en este país. Yo ya no pienso negociar, daré todas mis energías para denunciar la hipocresía de este país, aun si implica que me verá sin empleo ni oportunidades. ¿Para qué me sirve estar en medio de gente que me odia y sin poder vivir dignamente? Prefiero morir antes que de comulgar con la falsedad.

«Bientôt cette idée leur viendra
De vouloir vous en bouffer du nègre
À la manière d'Hitler
Bouffant du juif
[...]
Et couper leur sexe aux nègres
Pour en faire des bougies pour leur église »
(Damas, *Pigments Névralgies*, 1962).